

**EL POEMA DE LAS
TIERRAS POBRES**



JORGE GONZALEZ B.

EL POEMA

DE LAS

TIERRAS POBRES



Soc. Imp. y Lit. Universo
AGUSTINAS 1250
SANTIAGO

al Maule, el río unido
a las montañas humanas que vaga
través por sus tierras
ahora infundadas.



LA MISERIA NUEVA



I

Sutil y extrañamente
tengo el ánimo herido,
como si los dolores de otros hombres
en mí se hubieran recogido.

La montaña que baja
a bañarse en el río
muestra un cansancio tan humano,
que pone en el espíritu
un estremecimiento...

Un estremecimiento
que solamente es el recuerdo vivo
de las viejas leyendas de la sierra,
de los cantos del río,
de una paz, hoy extinta en los senderos,
de una miseria nueva que ha venido.

Un estremecimiento,
dolor de otros espíritus,
que flota en la montaña
y anda por los caminos...
No tiene voz,
y se oye
en los breñales su alarido.

II

Y es un grito profundo
que se extiende a lo lejos,
que se oculta en las piedras
y tiembla en los esteros.

Una miseria nueva
prendió en las hondonadas y en los cerros,
arrasó los sembrados,
y los rebaños y los huertos.

El pobre se hizo miserable,
el miserable, bandolero!

Hay espanto en los ojos
de los niños labriegos
que oyen a media noche
clamores homicidas en el viento.

Hay espanto en los ojos de las madres
que ya no arrullan con su canto el sueño
del hijo, atormentadas
por la vida sin término.

Hay espanto en los árboles
que ya no sienten el afecto
de aquellas manos buenas que les daban
el agua en cántaros morenos.

III

—Señor! en este campo
mío yo trabajaba.

Tenía veinte ovejas que eran mías,
y alegre paz en esta casa.

Mira, señor, lo que hay ahora!
No queda nada, nada;
ni fuerzas en mis brazos torpes,
incapaces de una venganza.

No sabe de piedad el hombre
que con su lenta infamia
secó la tierra. Torva pesadilla
me parece la vida. No hay palabras
que digan esta obscura
miseria derramada.

Mira la pobre casa en ruinas.
Mira la esposa antes amada.
Mira los hijos engendrados
por el amor en sus entrañas,
andrajos en que no se puede
formar una conciencia humana!

IV

La queja sube al cielo
en el vaho doliente de la tierra,
en el aroma tenue de las flores,
en las tristes pupilas que se ausentan...

Ah, las tristes pupilas
que ni lloran ni ruegan,
que miran fijamente el alto círculo
lejano de los pájaros de presa!

Ellas vieron la santa
paz del hogar. Recuerdan
el huerto en flor, la fruta sazónada,
el blancor puro de la oveja,
la leche pura, aún no cuajada...

Y la miseria, la miseria nueva...

Y la tierra es la misma
bajo el temblor unánime
del sol y las estrellas.
La tarde viene henchida de fragancias
marinas y la tarde aún es bella...

Sólo que esa hermosura
a la casa no entra,
porque sin alegría
no hay corazones que la sientan.

V

Pasa el viento, pasa.
Lleva los rumores
del árbol y el pájaro...

Nuestra tierra pobre
no ofrece alegría
para unas canciones.
Sólo ofrece un brillo
de agresivos cobres

tal la empuñadura
de un puñal deforme.

Pasa el viento, pasan
pájaros y flores.

—Ochenta y cuatro años
viví en estos bosques,
y no ha sido el tiempo
lo que tiene torpes
mis brazos... mis brazos,
sierpes de los robles!

Negro, negro día.
El rostro de bronce
del juez me seguía.
Día como noche.

Tanto crimen, tantas
mezquinas pasiones;
tanta, tanta pena
sin que nadie lllore!

En un calabozo
húmedo tendíome
de modo que siempre
estubiera inmóvil.

Sufría en la tierra
mi costado inmóvil
más que por los hierros
por estar inmóvil.
Se llagó mi carne
inmóvil, inmóvil...
Perdí la conciencia
y fuí sombra inmóvil...

Pasa el viento, pasan
pájaros y flores.

VI

Baja por el sendero
de la abrupta montaña,
una joven morena que muestra honda
fatiga en la mirada.

La ropa cubre apenas
el cuerpo núbil y sin mácula,
la niebla fría no la hiera
ni las espinas, aunque va descalza.

La interrogó:—hacia dónde?
—Allá al final de la hondonada.
La noche extinguió el fuego,
amor de nuestra casa.
—Cómo, la dije, el fuego?—El fuego!
Cuando la noche así lo apaga,
alba, al alba, voy a buscarlo
a viviendas lejanas...

Volvió. Subió la cuesta
entre un girón de niebla de la albada.

La esperaba el padre, acaso enfermo,
la madre acaso anciana;
los hermanos pequeños
talvez dormidos la esperaban.

El buen sol iba alzándose en las cimas
dando a todo el milagro de su gracia.

Los átomos del aire
con el temblor de luz se transformaban,
y eran tibieza, amor, beso fecundo,
en cada hoja, en cada gota de agua.

RECOGIMIENTO

I

Alma mía! cansada
vas entre tanta soledad,
de lo hermoso maravillada,
de lo misérrimo espantada,
a todo ofreciendo piedad.

Piedad a la sierra sombría,
a los caminos, al alcor!
piedad a la montaña umbría,
a su orante melancolía,
a su noche llena de horror.

Piedad a las chozas oscuras,
al hombre, al niño, a la mujer...
a sus calladas desventuras,
a las recónditas ternuras
que las estrellas han de ver.

Alma mía, alma mía,
que como el rudo viento vas
con tu cantar hecho elegía!
cantar, cantar de serranía,
cantar que no oyera jamás.

Cantar de las aguas perdidas
y de los árboles con sed!
de las atormentadas vidas
heridas sobre sus heridas...
Cantar de la humilde merced.

Cantar de miserias errantes,
de los recuerdos sin amor,
de las sombras amenazantes
que en los recodos más distantes
dejan su rastro de pavor.

Alma mía, sonora!
que no se apague tu fervor,
para que pueda, cada hora,
la palabra consoladora
ser verbo purificador.

II

Quién ha visto las sierras en la noche
plena de resonancias?
Amor, dolor, ensueño y luz de luna,
voz del espacio y voz humana...

Quién ha visto en las sendas adormidas
las figuras extrañas
que en los girones de la niebla suben
a las cimas más altas?

Quién ha escuchado la oración humilde
que va por la hondonada,
uniéndose a la queja de las hojas
y al susurrar del agua?

Quién sabe de la angustia que en el viento
saturado de lágrimas
va a las estrellas para hacerse canto
redivivo en el alba?

Quién ha sentido el misterioso influjo
de su sombra en el alma
cuando se van alzando las estrellas
libres y puras, y los montes bajan?

HUMILDE TRAGEDIA

I

Ah, recuerdo, recuerdo! Ah, imagen obsesora
que fatiga el espíritu!

Ah, dolor de unos ojos en el vasto
crepúsculo vertido!

Es hombre aquel espectro
de los ojos hundidos,
de barba rubia como el Nazareno
y que parece contener un grito?

Qué tragedia, qué crimen,
qué miseria de siglos
rozó la frente de aquel hombre y puso
un sello de silencio en su destino?

Una labor lo tiene un día y luego
a andar por los caminos,
y otra faena y otra errancia, y otra
vez por la sierra o por el río.

Ah, recuerdo, recuerdo! Era noble su rostro.
Allá el hogar, los hijos...
El se ha encorvado, miserable, y vaga
con su silencio enloquecido.

II

Aquello, cómo fué? Lo vió la tarde
ir, los brazos atados!
allí quedó la casa, allí la esposa,
y la desolación del primer llanto.

Tras de la sierra se mecían otras
miserias, otros desamparos...
El rábula sirviendo a la justicia
el puñal deambulando.

Y ya ante el juez:—Señor, soy inocente,
soy labrador, trabajo.

Tengo casa, mujer, hijos. La esteva
endureció mis manos...

Horas después, el término. La horrenda
flagelación. El llanto
mudo en la sombra y mudo en los espíritus.
Dolor anónimo, callado...

Y ah, lucha inacabable! Ah, esperanza
que tardas tanto, tanto!
ya serás realidad, ya serás júbilo
en el hogar que está esperando...

III

Y la mujer, la humilde madre? Aquellos
niños que apenas andan,
y la cuna en sollozos y la rústica
choza que nadie ampara...

Y el devenir del tiempo, y el llamado
del frío en la hora aciaga,
y la fatiga nueva en la hora insomne
del sueño, la fatiga hambreada...

Ah, no! Trabajaría, lucharía...
Dios por ella velaba...
No había de faltar la sal ni el trigo
ni la mísera saya.

Y fué el clamar y el implorar a todo
lo que daba esperanza;
y fué el sufrir y el arrastrarse al borde
de la vileza y de la infamia.

Y fué la noche, la vigilia; el día
de horas largas, tan largas;
y los hijos desnudos, y el espectro
que desde el antro la llamaba.

Y fueron los andrajos que caían,
fué la lujuria que rondaba,
y algún pobre dinero, triste precio
de su más triste carne humana!

IV

Una llama en los ojos, en los labios
una sed infinita,
el prisionero de tan largos años
a su cabaña se encamina.

Qué hermoso el sol, qué transparente el río,
qué suprema delicia
yerra por los senderos bordeados
de yerbas florecidas.

Olvidado está el mal que le infirieron,
cicatrizadas las heridas.
Besara con los labios y los ojos
la tierra, toda maravilla!

Levantará otra vez la humilde casa,
el huerto ahora en ruinas;
su esfuerzo hará que se renueve el viejo
cimiento de su vida.

Ya vé la casa y el brocal! El árbol
que lo sombrea! Vibra
en una exaltación de almos deseos:
amor, melancolía!

Entra temblando. La mujer, los hijos...
El pobre mira, mira...
Ella no puede, ay! con la vergüenza
que en sus entrañas grita...

V

Pesado el sol, pesado el aire, todo
toma aspecto sombrío.

Sale al azar. Camina por las sierras
como los pájaros perdidos.

Está libre, está libre! pero siente
otro horrendo martirio!

Se abren las cicatrices de su cuerpo
y va temblante y lívido.

A su miseria no le falta nada.

No le ofrece un alivio
nada en la obscura senda. Lo persiguen
implacables ladridos.

Mudo en la noche se recoge y piensa...

No conoce el designio
a que obedece la justicia cuando
labra poder con viles artificios.

O cuando ampara el crimen generado
dentro del banderío,
y de los hombres que aniquila
hace lacayos o mendigos.

VI

Tendióse el hombre errante
bajo la noche, sobre la inmensa tierra helada.

De ella el insomnio de sus ojos,
de ella el cansancio de sus plantas,
y la fatiga de sus brazos,
y la desesperanza.

Sombra en la sombra al fin reposa.

Reposa. Su mirada
se apaga en la quietud del sueño.

Un aire tibio—seda y malva—
besa su cuerpo:
ofrenda de la tierra amada!
lo besa con un vuelo de hojas,
pobre ofrenda de la montaña!
y un rumor blando de oración,
dulce ofrenda del agua.

Se iluminó su espíritu...
Un refugio, una sombra en la que nada
lo turbara! Quietud sin mal, alivio
ya sin dolor!... Iría con el alba
a la ciudad. Iría
donde el juez que de llagas
cubrió su cuerpo... Pura
la conciencia estrellada,
la voz serena, le diría:—El crimen
quema como una brasa
en mi cerebro. Tuvo
razón, señor...

Esas palabras,
y nada más.

Y nada más...

Dormido
era un símbolo extraño.

Parpadeaban
llorosas las estrellas.

LOS ECOS PERDIDOS

LOS ECOS PERDIDOS

I

Habla una anciana de cabellos blancos:

—Gran Dios! tanto vivir!

Y este cansancio largo, interminable,
de hablar, de ver, de oír.

Este cansancio que es como la muerte
uniforme y fatal,
que hasta en las piedras deja una invisible,
tenebrosa señal.

Los hombres ya no pueden con el peso
de la fatiga atroz,
andan como sonámbulos, rendidos,
olvidados de Dios.

A qué vivir, a qué esperar el tiempo
que ha de ser siempre igual.
El pobre no levantará su casa...
no se hará bien del mal.

Ese que halló a la esposa envilecida
se volvió a la prisión.
Parece que hasta el sol hacía daño
en su angustiado corazón.

II

Amor! Entre las hebras olorosas
de los rosales ya no estás.
El claro arroyo no te ve cantando
tu canción auroral.

Los almendros no muestran esa albura
que trascendía a santidad.
Tú forjabas en ellos el milagro
de la espuma del mar!

La casa en ruinas llora por la noche
su tenebrosa soledad,
la casa en ruinas grita una blasfemia
que lleva el viento audaz.

No hay pupilas que ofrezcan el abrigo
dulce de su mirar.
No hay manos que se eleven por la tarde
como insinuando una señal.

Te fuiste, amor, por los caminos largos
para no volver más.
Sobre los campos arrojó sus miasmas
envenenados la ciudad.

III

Hablan las piedras del camino:

—Qué pasará, señor,
que en la tostada faz del peregrino
no hay alegría, no hay calor...

Qué tienen que no cantan esas bocas...?
qué doloroso afán
mueve a esas gentes que parecen locas
y van, a dónde van?

Qué ha cambiado en el fondo de las almas,
ahora extrañas al placer!

Qué ocultan, tenebroso, en lo más hondo
de lo más hondo de su ser?

De dónde estos fantasmas que atraviesan
en la sombra espectral...?

Fríos, callados, hoscos, se enderezan,
y de sentirlos hacen mal.

No eran así las gentes de la sierra...

Esta miseria no es de aquí.

Los árboles y el agua de la tierra
no hacen al hombre así.

IV

Con el amor te fuiste de la tierra,
paz! La dulce aureola
de las cabezas es nube sombría
en que va, tormentosa,
la fiebre, el hambre, la miseria,
la indiferencia sórdida.

Sobresaltado el sueño, no permite
reposar.

No reposa
el hombre de las tierras pobres.

El árbol no da sombra
para sus miembros y cansado mira
las soledades sobrecogedoras.

Las casas miserables
se van quedando solas.
Extraños males ruedan por los surcos
y los fecundos gérmenes ahogan.

El aire, el aire mismo
se llena de angustiosas
voces: la voz del crimen,
y la voz delatora,
y la voz de las lágrimas,
y el grito de la honra.
Comienzo ineludible
de vidas bajas, tortuosas...

V

Lejanos sones de campana
tienden redes alucinantes
y se oye, dulce, una extrahumana
canción en los sones distantes.

Prende en los pobres corazones
una celeste venturanza:
milagro de los claros sones,
resurrección de la esperanza.

Resurrección de la alegría
que hace blandas las asperezas
y trae con la luz del día,
alivio a todas las tristezas.

Por el sendero tortuoso
se mira andando, sin fatiga,
como un desfile silencioso
que busca la campana amiga.

El padre anciano, el niño triste,
van a la aldea que los llama.
De oro el paisaje se reviste
y con la voz de Dios se inflama.

VI

Alma mía! en la terca soledad del ambiente
resonó una campana llamando a la esperanza,
vagaroso latido de corazón ferviente,
promisor de celeste venturanza.

Alma mía, sentiste
cómo se dilataba el són de la campana,
y por ser todo amor lo bendijiste
en la calma serrana.

Allá la aldea, el templo y la gente que llega
a recoger consuelo para las pobres vidas:
—Hay que tener paciencia, paciencia en esta brega
de dolores crüentos y mortales heridas...

Y una mano que se alza dulce, piadosamente,
bendiciendo, guiando.
Y el estremecimiento del que inclina la frente
porque ha sentido a Dios y está adorando.

Alma mía, alma mía!
Una esperanza se renueva:
el alma de la serranía
canta en los pechos de la gleba.

VII

Miremos esa casa abandonada,
esa casa sin vida... silenciosos
mirémosla. En ella no hay ya nada,
sino un errante rumor de sollozos.

Miremos sus paredes carcomidas,
su corredor de postes vacilantes.
Por las puertas, abiertas como heridas,
escapan largos silbos ululantes.

Quedó entre sus paredes prisionero
un gran dolor humano;
entre las grietas se ha prendido austero
y clama! Es voz de padre, voz de hermano.

Es voz de maldición! Se irá apagando
entre el derrumbe de la vieja casa;
se la siente silbando y ululando
y con el viento del destino, pasa...

Piedad, piedad, piedad. Que nuestra vida
olvide la tragedia pavorosa.
Por qué senderos errará perdida
la caravana silenciosa...?

CANTOS DEL SOLAR

I

Suben hasta las cimas, entre vahos de niebla,
resonancias lejanas de los montes y el río.
La noche transparente de visiones se puebla
y se dilata en cantos el espíritu mío.

Recoge los lejanos ecos de la hondonada
y vé la choza rústica junto al arroyo claro:
la ilusión de los niños al cielo abandonada,
la fé de los ancianos, grande en el desamparo.

Y vé por las orillas del río milagroso
recogidas las barcas como anhelos dormidos;
sobre la arena el fuego, que alivió el fatigoso
remar, echa los últimos destellos aturcidos.

Recogidas las barcas, recogidas las velas,
los guanayes (1) reposan, reposa el cuerno austero.
Soñarán con el brillo tenue de las estelas
o con un resonante, alto són mañanero.

Suben hasta las cimas como voces lejanas
del río, el monte, el viento: voces trasnochadoras.
El río, el monte, el viento: cristalinas campanas
que marcan en la noche fatigada, las horas...

Mi espíritu recoge sus cadencias unciosas,
sus sueños, sus tristezas, su visión del pasado
y las funde en un canto de lágrimas y rosas
en el que todo es almo dolor purificado.

(1) Barqueros del Maule.

II

Ah, tierra mía, tierra triste,
ensombrecida por la muerte,
como eras pobre no pudiste
ni castigar ni defenderte.

Perdido el valor de la vida...
el amor sólo en la añoranza;
ninguna lámpara encendida,
ninguna trémula esperanza.

Como eras pobre no supiste
del látigo fustigador;
tu queja siempre fué una triste
sombra perdida en el horror.

Ah, tierra mía, tierra hermosa!
Rara virtud en tí se fragua:
en tu sierra más escabrosa
brilla, hecha lágrimas, el agua.

En tu sierra más escabrosa
el árbol crece, protector,
y hace lugar para una choza
en que pudiera haber amor.

Hace lugar a la alegría
que ofrece el agua, el trigo, el pan,
el afán: esfuerzo del día,
el sueño: olvido del afán.

Ah, tierra mía, tierra amada
de largos senderos esquivos,
de vasta selva enmarañada
y de naranjos y de olivos;

tierra de arroyos y de flores
de claro sol y verdes viñas:
están desiertas tus labores
y sin corderos tus campiñas.

Tierra que fué de encantamiento
en la leyenda popular,
tu queja errante va en el viento
por la montaña y por el mar.

INDICE

	Pág.
	<hr/>
Dedicatoria.....	3
La miseria nueva.	5
Recogimiento..	21
Humilde tragedia.....	29
Los ecos perdidos.	45
Cantos del solar.....	61